

LA MUERTE DE FERNANDO EL CATOLICO

por

FERNANDO SOLANO COSTA

LA ENFERMEDAD

EN el mes de marzo de 1513, poco después del fallecimiento del papa Julio II, enfermó gravemente el rey Fernando, siendo su residencia Medina del Campo. Según nos cuenta Bartolomé Leonardo de Argensola, fue causa de esta dolencia el brevaje que, a instancia de su mujer Germana de Foix, tomó, ya que ambos deseaban tener un hijo, que fuese su sucesor en la Corona aragonesa. Este insano afrodisíaco confeccionado, con conocimiento del rey, por María de Velasco, mujer del contador mayor Juan Velázquez, y por Isabel Fabra, camarera de la reina; no fueron muy expertas en tal cometido, ya que no supieron moderar la mezcla de "materiales cálidos y hierbas poderosas", que creyeron útiles para el fin propuesto. Además, Don Fernando no se separaba de su esposa, "mujer de florida edad", ni siquiera en los viajes y aun siquiera en sus días de caza. Los posibles excesos, dada la edad, en su vida conyugal, subrayados por la pócima indicada, minaron su salud hasta hacerle enfermar. Aunque la crisis pasó, nunca volvió a quedar ya bien, "hidrópico", y tuvo una convalecencia larga y deprimente. Pero si no recobró del todo la perdida salud, sí, en cambio, se levantó de su postración y durante el tiempo que le quedaba de vida, cerca de tres años, siguió en su actividad política, con no poco desconcierto de sus adversarios, que ya habían tomado su enfermedad por la postrera.

LA MUERTE

Si se sigue el itinerario de Fernando sabemos que en el mes de mayo de 1513, ya un tanto respuesto, estuvo en Valladolid y de allí siguió sus constantes viajes por tierras de Castilla y también por Aragón, permaneciendo en Calatayud alrededor de un mes (septiembre-octubre de 1515), con ocasión de unas Cortes aragonesas, que se despidieron del monarca, negándoles el subsidio solicitado, de lo que tuvo gran disgusto. Por aquel entonces ya debía estar Don Fernando muy enfermo, sufriendo recaídas en su dolencia crónica, ya que incluso había dejado su deporte favorito, la caza. "Ya desde mucho antes —nos dice Argensola— ni seguía venados, ni volaba garzas, ni admitía otros solaces, porque la hidropesía le acabó de inhabilitar los miembros...". Pero todo ello no le hacía olvidar sus deberes de gobernante ni el ansia de vivir buscando, inquietamente, nuevos lugares, concretamente, las tierras andaluzas, tan ligadas a los mejores momentos de su vida. En tanto, en un pequeño lugar de Aragón, Vellilla de Ebro, su misteriosa y fatídica campana tocaba "sin impulso ajeno"; "aquella prodigiosa campana, que con voluntario sonido, ha diversas veces anunciado muertes de reyes y otros casos graves", entraba ya doblando, funeralmente, por la muerte de su rey.

Ya entrado diciembre de 1515, salió el rey de Plasencia, llevado en andas, y acompañado de una comitiva, de la que formaba parte: su nieto Hernando de Aragón; el duque de Alba; el marqués de Denia; el obispo de Burgos; los contadores mayores de Castilla, Antonio Fonseca y Juan Velázquez; el tesorero general de Aragón, Luis Sánchez; el camarero Martín Cabrero; el doctor Carvajal; los licenciados Zapata y De Vargas, del Consejo Real; el caballero aragonés Pedro Sánchez de Calatayud, y el capitán Jerónimo Cavanillas, al frente de la guardia del rey. Tomaron rumbo sur. Pasaron por Jaraicejo, "gozando del aire fresco", por Trujillo —eran los días de Navidad— y por fin llegaron a Madrigalejo, una pequeña aldea de la comarca trujillana y granja de Guadalupe. Allí le esperaba la muerte.

En efecto: "El rey enflaqueció en Madrigalejo y el dolor de

La muerte de Fernando el Católico

corazón, con la hidropesía, le apretó, de suerte que los médicos perdieron el tino y la esperanza. Luego se le disolvió la hinchazón y se le cayó de las quijadas un trozo, accidente que (vanamente) juzgado por efecto de veneno; y no por esto, ni por la prisa del mal, aflojaba en la lucha con el término postrero de su edad, que era de sesenta y cuatro años... Dijéronle el peligro que le amenazaba —aunque otra vez, cuando le anunciaron que se moría estuvo incrédulo y aun impaciente— y no fue menester en aquella hora adornar el desengaño, porque luego se rindió a él, y mandó llamar a su confesor y se dispuso para el examen de su conciencia y para ordenar su última voluntad. Confesó muy despacio, reiteró aquel sacramento algunas veces, y, después de haber establecido el testamento, recibió el Santísimo Viático de manos de su confesor, con atentísima devoción...

...A esta sazón acudió a Madrigalejo el deán de Lovaina (Adriano de Utrech). Llegó, también, un día antes de que el rey ordenase su testamento, la reina Germana, con cuya presencia creció en ambos el dolor. Quedaron solos un rato y saliéndose la reina, mandó el rey llamar al licenciado Zapata y al doctor Carvajal, ambos en Castilla consejeros reales de la Cámara, y al licenciado Vargas, tesorero del rey, con los cuales y con el protonotario Miguel Velázquez Climente comenzó a tratar del testamento...

Hecho esto se retiraron para alargar y (aclarar), con las debidas cláusulas, lo que el rey acordaba, y para hacer las provisiones necesarias en razón de las otras mandas y en todo lo referido. Escribió el rey, sucesivamente, dos cartas muy afectuosas al príncipe, su nieto, mezclando en el estilo la gravedad del rey con el amor de abuelo. Dióle en ellas su bendición y encomendóle con particular ternura al infante Don Fernando, su hermano; a la reina Germana, al arzobispo don Alonso y a algunas otras personas muy propincuas. Perfeccionado todo lo perteneciente al testamento y la expedición de lo que se contiene, y después de la Comunión, algo más tarde pidió el sacramento de la Extremaunción, y habiéndosele dado y vestidole el hábito de Santo Domingo, se entregó a la meditación de aquel importantísimo punto, y expiró. El día fue miércoles, veintitrés de enero, entre la una y las dos, después de medianoche". Dio en el tránsito evidentes muestras de que moría muy resignado en la voluntad de Dios.

EL ULTIMO VIAJE

El mismo día de su muerte se inició el viaje para conducir el cadáver del rey a Granada y sepultarlo al lado del de su esposa la reina Isabel; así lo había dispuesto Don Fernando en todos sus testamentos. Acompañaron al Católico en éste su último viaje: su nieto Hernando de Aragón; el marqués de Denia, que había sido su mayordomo mayor; el alcalde Ronquillo “y muy pocos de los continos de la casa —lo dice Blasco de Lanuza— que los demás, como a príncipe muerto de quien no aguardaban más favores y mercedes, le desampararon”. Sin embargo, a partir de Córdoba, la recepción hecha a los restos mortales del rey Fernando fue mucho más sentida y clamorosa. Dieron ejemplo de ello —superando posibles y razonables resentimientos— la familia de Gonzalo Fernández de Córdoba, el *Gran Capitán* —ya que él mismo, por haber fallecido el anterior 2 de diciembre, presidida por el marqués de Priego, y con ella toda la nobleza de la ciudad y su clero, presidido por el obispo, don Martín de Angulo. En el recorrido entre Córdoba y Granada hubo siempre un gran concurso de gentes, en pueblos y caminos, de tal manera “que no podían dar un paso sin embarazarse unos a otros”.

El día en que entró en Granada la fúnebre comitiva el recibimiento alcanzó su apogeo, revestido de la mayor solemnidad y pompa posible, acordándose que veinticuatro años antes había sido, el que ahora traían muerto, el fundador y redentor del miserable cautiverio que aquella ciudad y Reino había padecido durante ochocientos años o poco menos...”.

“De lo cual —nos cuenta Argensola—, y de sus hazañas y del amor que le tenían dieron testimonio las inscripciones y epitafios de su sepultura, que también dedicaron a la heroica reina Doña Isabel, cuyo cuerpo, del palacio de la Alhambra, donde hasta entonces estuvo depositado, fue traído a la Real Capilla y colocado con el de su marido. Aunque el epitafio que después se puso es llanísimo, su misma sencillez puede mover a los hombres a contemplación y maravilla, y dice así: “Mahometicae sectae Prostratores et haeriticae Pravitatis Extinctores Fernandus Aragonum et Helisabetha Castellae, Vir et Uxor unanimes, Catholici appellati, marmoreo Clauduntur hoc tumulo”.

LA SUCESION DE DON FERNANDO EN LA CORONA DE ARAGON

El último de los testamentos del Rey Católico fue otorgado, como ya hemos dicho, el 22 de enero de 1516, en Madrigalejo, en la Casa Santa María, perteneciente a los frailes del Monasterio de Guadalupe. Todo lo relativo a la ordenación de su sucesión en la Corona de Aragón queda establecido en sus cláusulas 28.ª (institución de herederos en los reinos de Aragón), 29.ª (sustitución por locura de Doña Juana a favor de su hijo el príncipe Don Carlos) y 30.ª (designación del arzobispo de Zaragoza como gobernador de los reinos de Aragón hasta que venga el príncipe Don Carlos). He aquí cómo Argensola resume estas disposiciones: "A la traslación de su cuerpo a la ciudad de Granada procedió el abrir el protonotario el testamento, ante algunos prelados y señores, y en lo concerniente a la Corona de Aragón, establecíase que los reinos antiguos de ella, y de los que en Italia la habían acrecentado, y en Africa conquistado, con las islas adyacentes, dejaba heredera a la reina Doña Juana su hija, y en su nombre, durante su vida o la indisposición de su juicio, el príncipe Don Carlos, primogénito de la misma reina. Y en su ausencia, y a beneplácito suyo, dejó por gobernador de los reinos de Aragón, Cataluña, Valencia, Sicilia, Mallorca, Cerdeña y las demás islas de aquella Corona al arzobispo Don Alfonso de Aragón, hijo del mismo rey, en nombre de la reina Doña Juana". Creemos obvios cualesquiera comentarios sobre la importancia capital de este documento. Ciertamente tiene el valor de acta de nacimiento de la moderna España.

INSTRUCCIONES DE DON FERNANDO A SU SUCESOR PARA LA MANERA DE GOBERNAR A LOS ARAGONESES

No nos gusta escribiendo sobre la Historia adjetivizar. Lo consideramos una ganga inútil. Sin embargo, el que lea el documento que incluimos —recogido por Argensola en sus *Anales*— estoy seguro que sentirá un movimiento de admiración hacia el rey Fer-

nando, que en el mismo, con su característico realismo, quiere, al mismo tiempo que consolidar la unidad de la monarquía hispana, mantener el principio de la autonomía regional, substancia, en definitiva, de todo el sistema de gobierno de la dinastía de los Habsburgos españoles, con las excepciones sabidas y siempre desdichadas, incluso para el propio proceso de la unidad hispánica. Aparte del trasfondo político que el documento tiene, llama, también, la atención su tono cálido hacia sus súbditos de la Corona aragonesa, expresión, sin duda, de un afecto hondamente sentido y de un generoso olvido de oposiciones, resistencias y aun desplantes por ellos infligidos a su real persona, incluso en fecha cercanísima al momento en que redacta la carta a su nieto, Carlos.

El documento en cuestión, en su parte substancial, dice así: "Al cual (a Don Carlos) decimos y amonestamos, como padre, muy estrechamente, que no haga mudanza alguna para el gobierno y regimiento de los dichos reinos, de las personas del Real Consejo, y de los otros oficiales que nos sirven en las cosas de las pecunias y Cancellaría, y se hallasen en tener los dichos oficiales al tiempo de nuestra muerte y de los que se hallasen proveídos por Nos, en todos los reinos de la Corona de Aragón. Y más. Que no trate ni negocie las cosas de los dichos reinos sino con personas de los naturales de ellos. Ni ponga personas extranjeras en el Consejo ni el gobierno y otros edificios sobredichos. Que cierto, satisface mucho (para el bien de la gobernación y negociación) que la traten los que la entienden y tienen práctica de ella, y con la naturaleza, la hacen con más amor y cuidado. Y aun es gran manera a mucho contentamiento y descanso de los poblados de los dichos reinos, viendo se tratan los negocios y se gobiernan por los naturales de la misma tierra. Y esto, entre las otras cosas, tomen de Nos, como de padre, para en cualquier tiempo, que cierto tenemos experiencia de ello. Y esto, especialmente, tengan cuidado y cargo de solicitar e instar de nuestra parte al dicho ilustrísimo príncipe, tenga especial cuidado (allende de lo que es tenido por lo de Dios) de mantener todos los pueblos en los dichos reinos en paz y justicia; y mire mucho por ellos; y los trate con amor, como muy fidelísimos vasallos y muy buenos servidores que siempre han sido nuestros, y así se lo encomendamos muy caramente. Que la misma fidelidad y celos tendrán con él y no le faltarán a cosa que cumpla a su servicio y estado; que innata les es la fidelidad y honra de sus reyes, a la cual nunca faltaron".

LOS FUNERALES QUE POR EL REY FERNANDO
CELEBRO LA CIUDAD DE ZARAGOZA

Hemos de suponer que los aragoneses, y con ellos los zaragozanos, hubieron de recibir la noticia de la muerte del último rey privativo de la Corona. Y ello respondiendo a los indudables sentimientos monárquicos que entonces imperaban, al hecho de la gran vinculación existente entre el fallecido monarca y Zaragoza y al hecho político que su muerte planteaba, con su cambio de dinastía y su definitiva vinculación a los demás reinos españoles. Preocupación y sentimiento que plasmarían tanto en la agudeza de la sensibilidad foral —puesto, inmediatamente, de manifiesto en la quereña entre el nuevo gobernador, Alonso de Aragón, y el justicia, Juan de Lanuza— como en la manifestación externa del sentimiento expresados en las solemnes exequias celebradas, que pasamos seguidamente a reseñar, siguiendo para ello la relación que dejó uno de sus organizadores, el jacetano Domingo Aznárez, ciudadano principal de la Zaragoza de aquel entonces y que mosén Vicencio Blasco de Lanuza recoge y extracta en el cap. XXV de sus *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón*", y a su texto nos atenemos: "...pocos días después (del entierro de Don Fernando en Granada), la ciudad de Zaragoza resolvió hacer sus honras fúnebres con gran suntuosidad y aparato, y puesta su Capilla Ardiente en el Mercado fueron en procesión, allá, todas las Cruces de Zaragoza. Esta Iglesia Metropolitana, Nuestra Señora del Pilar, las Parroquias y Monasterios, con todos los clérigos y frailes de éstos. Que fue el arzobispo con su Cabildo, el Reino, los Jurados y la ciudad, los Títulos y caballeros con acompañamiento, y muchedumbres que no podían ir por las calles. Estaban todas las partes y ventanas de las casas cerradas, sin faltar una sola. Iban enlutadas en esta procesión, más de dos mil personas. Y llegados al Mercado, adonde estaba el túmulo (que nosotros decimos Capilla Ardiente) dijeron Vísperas de difuntos y multitud de responsos, y volvieron a esta Santa Iglesia, con el mismo orden y procesión que habían ido. Y al otro día se juntaron muy de mañana los mismos y salieron en procesión de la Seo, y caminaron hacia el Mercado por la Calle Nueva. Y llegados al túmulo (que es tenido por cuerpo presente) y

dichas las absoluciones (según la costumbre de la Iglesia) le trajeron en hombros, hasta esta Santa Iglesia, en donde hubo solemnisimo oficio y predicó un famoso sermón el doctor López, prior de Nuestra Señora del Pilar. Tenía por este Rey tanto sentimiento que la ciudad de Zaragoza lo quiso mostrar en esta ocasión, que además de que gastó más de dos mil ducados (que entonces era gran suma y cantidad) trazó otros aspectos tremendos para presentarlo.

Nombró cuatro ciudadanos principales: a Domingo Aznárez (autor de esta historia) por la parroquia de Nuestra Señora del Pilar; a Mateo Velázquez, por la de San Pablo; Mateo de Cortés, por la de San Gil; y Antonio Salabert, por la de la Magdalena. Ello para que fueran en procesión con cuatro paveses grandes y dorados sobre las cabezas, acompañados de gran muchedumbre de ciudadanos.

Estos, de cuando en cuando y señaladamente, en las encrucijadas de las calles se paraban, y puestos los unos al encuentro y enfrente de los otros, gritaban a voz de pregoneros, estas palabras: "Magníficos señores sabeisme decir algo del muy alto, muy poderoso, muy católico Príncipe, Rey y Señor, el señor rey don Fernando, nuestro Señor". Y respondiendo otros: "Muerto es", arrojaban aquellos paveses (en que estaban pintadas las armas reales) con gran golpe en tierra, en donde todos se arrojaban y lloraban un rato. Después volvían a su procesión, y haciendo en otros puestos de la misma manera, rodearon toda la ciudad y la hincharon de gritos, lamentos, lutos y lágrimas sin poder contenerse persona, que lo llorase amargamente.

Los moros (que aún los había en esta Ciudad y Reino) salieron juntos de sus aljamas, e hicieron las mismas ceremonias, arrojándose en tierra, y llorando como los demás, dando grandes golpes con los paveses. Si bien esto fue yendo ellos a solas, y aparte de los cristianos, en cuya compañía no los permitieron".